

ESTRATIFICACIÓN SOCIAL Y DESVINCULACIÓN, ¿TELOS O ABERRACIÓN? SOCIAL STRATIFICATION AND DISSOCIATION, ¿TELOS OR ABERRATION?

Yvonne Le Meur

Universidad de las Islas Baleares

Resumen.- Este trabajo es una reflexión en torno al proceso de disgregación de las operaciones instrumentales de supervivencia del ser humano. De ser un *hecho social total* encastrado en la vida de las comunidades primitivas, han pasado a constituirse en una constelación de dominios – cultura, economía, política, trabajo, ocio – cuya parcial autonomía no ha impedido la emergencia de relaciones de poder entre ellos, permitiendo la dominación hegemónica de la economía sobre todos los demás. La división del trabajo y la producción, que fueron a la base el motor de la liberalización del capital, promovieron la estratificación social y la desigualdad de clases en las sociedades orgánicas. Acto seguido o de forma simultánea, el trabajo asalariado pasó a ser una actividad desprovista de significación para el sujeto, debido a la creciente fragmentación, no solamente de las operaciones de producción sino de todos los aspectos de la vida social de los hombres, llevando a la progresiva desvinculación social de la sociedad posmoderna.

alabras clave.- *economía, estratificación social, desigualdad, división del trabajo, fordismo, fragmentación, desvinculación*

Abstract.- This work considers the process of progressive disintegration of human instrumental survival strategies since they constituted a *whole social fact*. Embedded in the social life of primitive peoples, the instrumental operations that subtend culture, economy, politics, work, leisure, fragmented into as many dominions which, notwithstanding their mutual relative autonomy, allowed power relations to emerge and permitted the hegemonic dominance of economy to tie all the others in dependency to itself. Labor division and production, that produced the means of liberating capital, promoted social stratification and class inequality in organic societies. Immediately after or simultaneously, labor became a meaningless activity to the laborer, due to the growing fragmentation of the tasks and, consequently of all the aspects of social life, driving to the actual state of generalized social dissociation in postmodern society.

Key words.- *economy, social stratification, inequality, division of labor, Fordism, fragmentation, dissociation*

Introducción

En las sociedades ágrafas y segmentarias descritas por Malinowski, Sahlins, Dalton, Bohannan y Herskovits, las instituciones sociales permanecían imbricadas entre sí de modo que los aspectos religiosos, legales, políticos y económicos de la vida se interrelacionaban de manera coordinada, asegurando la supervivencia tanto del individuo como del ente social. A medida que algunas sociedades se fueron haciendo complejas, los mecanismos primitivos de solidaridad organizados en torno a linajes complementarios o centralizados en la redistribución a manos de “grandes hombres”, cedieron su lugar a organizaciones de una creciente complejidad, tamaño y fragmentación. La solidaridad mecánica fue sustituida por la solidaridad orgánica (Dukheim, 1967 [1897]), la estratificación ritual sustituida por la estratificación social, la división del trabajo en el seno de la familia, la tribu, el clan, sustituida por la división del trabajo industrial fabril y la creciente separación entre *techné* y *episteme*.

La pregunta que nos hacemos es si esta sustitución es el fruto natural de una evolución de las sociedades humanas tal como la concebían antropólogos decimonónicos como Morgan, Spencer o Tylor o si, por lo contrario, se trata de una transformación contingente sobrevenida en occidente que se extendió paulatinamente al resto del planeta bajo las presiones de la sobrepoblación, la revolución burguesa, el auge de la máquina, tal como la concibió Karl Polanyi (1989).

Tanto si creemos que la complejidad es progresiva e inevitable y que en las sociedades complejas surgieron organizaciones sociales complejas para dar respuesta a necesidades crecientes de una población que se multiplica a gran ritmo, como si pensamos que la desigualdad ya existía en las sociedades ágrafas, tribus y jefaturas, probablemente estaremos dispuestos a admitir que la exclusión social es un fenómeno reciente, propio del sistema capitalista neoliberal. En efecto, sea la que sea la organización social hasta la Edad Media, las capas sociales estratificadas se constituían en el cuerpo de la sociedad y permanecían vinculadas entre sí así como arraigadas a la tierra. “La mano de obra formaba parte de la vida; la tierra continuaba siendo una parte de la naturaleza; vida y naturaleza formaban un todo articulado (Polanyi, 1989)”.

En las sociedades modernas, el cuerpo de la sociedad parece haberse fragmentado de una manera irreversible a medida que determinadas fracturas fueron teniendo lugar, fracturas que no tenían por qué ser predestinadas por un *telos* pero que sin embargo operan como tal y condicionan la totalidad de la vida bajo el mando de la economía de mercado que transformó la sociedad de una manera tal que las instituciones se subordinan a las exigencias del mecanismo de mercado, fracturando y desmembrando la sociedad, creando una nueva casta: la de los excluidos. La desintegración social será o no reversible dependiendo del curso que tome la historia contemporánea, pero por ahora es un hecho y la pregunta es si la solidaridad, sea mecánica, sea orgánica volverá a brillar por su presencia.

INDICE

- i. División del trabajo versus estratificación social y desigualdad. Pp. 2-8.
- ii. *Techné y episteme*. Fases de la desvinculación; el proceso de descalificación y pérdida de control. Pp. 8-15.

ii. División del trabajo versus estratificación social y desigualdad

En las sociedades complejas, a medida que las operaciones destinadas a asegurar la supervivencia se van haciendo más plurales y complementarias, se forman entes sociales más y más diferenciados. Emile Durkheim (1897) explica que la función de la división del trabajo es suscitar grupos que sin ella no existirían y piensa que, en las sociedades superiores, es la fuente principal de su cohesión. Define dos tipos de solidaridad, la solidaridad mecánica (o por similitud), reacción pasional que emana de la sociedad y tiende a fijar reglas para esta misma sociedad, ejerciéndose a través de un cuerpo constituido, y la solidaridad orgánica, fruto de la división del trabajo, regida por un sistema definido de reglas jurídicas (derecho cooperativo).

En las sociedades primitivas, la vida es regulada por juegos de normas no escritas que hacen que las prácticas tradicionales acompañen la vida entera; vienen legitimadas por el respeto a las tradiciones y la veneración a los ancestros. Los cuatro últimos libros del Pentateuco, el Éxodo, el Levítico, los Números, el Deuteronomio expresan reglas relativas al derecho de propiedad, al derecho doméstico (alianza, sucesión), a la esclavitud de indígenas y extranjeros, a préstamos y salarios, a cuasi delitos y a la organización de funciones públicas. Todas estas reglas vienen impregnadas de un carácter religioso. Al emanar de la divinidad, violarlas conduce inevitablemente a consecuencias penales, lo que hace decir a Durkheim que la solidaridad en los pueblos primitivos está basada en el castigo a los individuos que infringen las normas implícitas de la tradición. Esto es lo que produce la cohesión social. El derecho es penal y el respeto a la norma viene impuesto por la sanción. El derecho y la religión están íntimamente ligados en la imposición de normas y sanciones.

A medida que crece la complejidad de las sociedades, el derecho penal cede progresivamente el sitio al derecho civil. En el derecho hebreo, las XII tablas, ya contienen un derecho doméstico y un derecho contractual. El derecho civil ocupa en Roma un cincuenta por ciento de todo el derecho. En adelante, el derecho represivo cederá poco a poco su importancia al derecho civil. De modo que (Durkheim, (1967 [1897]) la solidaridad orgánica va ganando preponderancia sobre la solidaridad mecánica. En las sociedades complejas, el conjunto de relaciones basadas en el derecho penal representa tan solo una pequeña proporción de la vida en general y, en consecuencia, los lazos de solidaridad entre los miembros de dichas sociedades emanan cada vez menos de las creencias y de la autoridad religiosa y cada vez más de la división del trabajo. El derecho cooperativo predomina sobre el derecho penal.

En cuanto a la religión, ocupa una porción cada vez más pequeña de la vida social. Al origen, se extendía a todo; todo lo que es social es religioso; ambas palabras son sinónimas. Luego, las funciones políticas, económicas, científicas se liberan de la función religiosa, se constituyen como autónomas y adoptan un carácter temporal cada vez más pronunciado. Dios, por así decirlo, que al principio estaba presente en todas las relaciones humanas, se retira de ellas progresivamente; abandona el mundo a los hombres y a sus disputas". (Durkheim, 1967[1897]:141).

A medida que el papel de la solidaridad mecánica se debilita, la división del trabajo emerge como cemento que hace que coagulen los agregados sociales modernos. La manera en que lo hace es distinta de la que existe en la división del trabajo en las sociedades primitivas o segmentarias. Estas últimas, Durkheim las visualiza como constituidas por una serie de segmentos similares y homogéneos que se repiten invariablemente. Las sociedades con solidaridad orgánica son sistemas de órganos diferenciados y especializados cuyas funciones se complementan entre sí, sistemas constituidos a su vez por subsistemas. Están coordinados y subordinados unos a otros en torno a un mismo órgano central que ejerce sobre el resto del organismo una función moderadora. En estas sociedades, los individuos ya no están agrupados en razón de la consanguinidad o la afinidad sino en función del papel que desempeñan en la organización del trabajo. En realidad, un tipo de sociedad, afirma Durkheim, se va transformando en otro: la manera en que las funciones sociales se dividen se superpone a las divisiones sociales de consanguinidad y afinidad. Los segmentos o agrupaciones de segmentos unidos por afinidades especiales se transforman en órganos. Los clanes de la tribu de los Levitas en el pueblo Hebreo, por ejemplo, se atribuye las funciones sacerdotales. Las clases y las castas provienen sin duda de la combinación de la naciente organización profesional con la organización familiar preexistente (Durkheim, 1967[1897]: 151). Sin embargo, y Durkheim es consciente de ello, se trata de dos tipos de organización antagónicas, de modo que acaban luchando entre sí, prevaleciendo a la larga la organización orgánica basada en la división del trabajo a gran escala. La visión de Durkheim es fiel a la visión evolucionista y cita a menudo a Morgan y su estudio de la horda primigenia y de las sociedades segmentarias (los iroqueses), sin tener en cuenta la influencia que las sociedades occidentales coloniales estaban teniendo en la época en que Morgan escribió sobre las mismas, influencia que a Durkheim no le pasa desapercibida, aunque no la identifica como una interferencia desde el exterior sobre una organización nativa.

Por una parte, las sociedades segmentarias son descritas – hoy en día sabemos que erróneamente – como homogéneas y sin rasgos definitorios propios. Algunas sociedades sin embargo – como las *Kabyle* – son reconocidas como organizadas en instancias jerárquicamente inclusivas (clan, tribu, confederación). Estas sociedades, Durkheim las mantiene en la categoría de la solidaridad mecánica en razón de que es la religión la que las mantiene unidas. Insiste (sin mucho fundamento) en atribuir a las sociedades “primitivas” rasgos homogéneos, en verlas como masas de individuos de rasgos idénticos con poca diferenciación entre sí, a lo cual se podría objetar que se trata de una atribución del observador occidental, un sesgo que se proyecta en lo observado

en virtud del escaso conocimiento que se tiene de las características distintivas de los individuos. Este sesgo también se produce contemporáneamente al catalogar a los ciudadanos de países africanos o a los chinos como “todos iguales” por carecer los observadores occidentales de la necesaria educación visual, auditiva y cultural que permitiría detectar la diferencia entre unos individuos y otros.

Estas críticas no empañando la excelencia del trabajo de Durkheim, son no obstante matices a tener en cuenta a la hora de elaborar una evaluación comparativa de las diferentes teorías, evaluación a la que aportarán luz, más adelante, los enfoques de Polany y de Wolf. Los objetivos de este trabajo retendrán especialmente de Durkheim el análisis de la forma en que opera la división del trabajo a modo de catalizador social. Se abordará la estratificación social por la división del trabajo en el seno de la sociedad moderna occidental como rasgo específico característico de esta sociedad y se contemplará su extensión a otras culturas como un hecho histórico local contingente, enmarcado en un período temporal limitado (no necesariamente tendría que haberse dado de esta manera) que se acabó generalizando debido a factores socioeconómicos concretos que distan de ser leyes universales.

En este contexto de observación y volviendo a la perspectiva de Durkheim, el trabajo es el catalizador decisivo de la división de funciones, ya que viene a sustituir, en las sociedades complejas, las tramas organizativas familiares de clan, e incluso las territoriales. Tan pronto como los grupos sociales superan el tamaño clánico y la necesidad de supervivencia ejerce presión sobre el grupo y este deja de producir autárquicamente todo lo que necesita, tiene que confiar a extraños la tarea de aprovisionarlo en determinados bienes. La desvinculación de una parte importante del sustento de la unidad familiar y del territorio de la aldea fomenta la aparición de una clase comerciante que traslada los bienes de un lugar a otro única y exclusivamente para sacar un beneficio para sí misma y, por lo tanto, permanece externa a los valores que tradicionalmente han impregnado estos bienes (parte del dador permanecía en el objeto, en forma de compromiso matrimonial, de lazos de solidaridad, etc.). Aquí se produce una primera desvinculación, no solamente del hombre del objeto, sino también de los hombres entre sí. Se difuminan los lazos de solidaridad y a la vez los lazos de territorialidad. Los bienes son enajenados de su productor y trasladados a otras regiones donde se desconoce todo lo referente a su origen, a quienes los han producido y donde, por lo tanto, son incapaces de producir lazos de solidaridad de ningún tipo. *“Les circonscriptions territoriales tendent donc à se spécialiser sous la forme de tissus, d'organes ou d'appareils différents, tout comme les clans jadis. Mais, tout comme ces derniers, elles sont en réalité incapables de tenir ce rôle”* (Durkheim, 1967[1897]:156)¹.

La superposición de los “órganos” del cuerpo social sobre la territorialidad es siempre imperfecta, los primeros excediendo generalmente de las segundas. El

1 De modo que las circunscripciones territoriales tienden a especializarse en forma de tejidos, de órganos o aparatos diferentes, como lo hacían los clanes antaño. Sin embargo, como estos últimos, son en realidad incapaces de asumir este papel (trad. propia).

modo en que los hombres se agrupan en función de las necesidades laborales difiere del modo en que se reagrupan territorialmente, y tenemos aquí una nueva escisión (entre función y territorialidad: uno trabaja donde no vive y en contacto con gente con la que no tiene intereses domésticos o de “campanario” en común). A medida que se afirma con más fuerza la solidaridad *orgánica* dependiente de la división del trabajo, la solidaridad de clan, familia, territorio, pierde fuerza y tiende a difuminarse. La preponderancia del segmento deja paso al individualismo y a la centralización.

En semejantes condiciones, es decir, una vez desvinculado el fruto del trabajo de su productor y despojado de gran parte de su significado intrínseco – de índole simbólica, social, política, comunicacional, etc. –, este producto se vuelve impersonal, neutral, mucho más propenso a ser manejado como moneda de cambio, trátase del objeto del que se trate. Se le ha vaciado de su significación ritual y regulador y, además del objeto en sí, está en juego el acto que conduce a su producción. Pues, una vez el objeto desnudado de su significado simbólico ritual y desvirtuado, a su vez desvirtúa los actos que le han dado la existencia: en las culturas primitivas el objeto ritual es a la vez alimento, adorno, olla, escudo y símbolo (sagrado, de paz, de riqueza, de estatus social, de lealtad, de obediencia, de culto...).

A raíz de los intercambios que se operan entre familias y entre clanes, los objetos cambian de manos, en ocasiones durante ciclos de intercambios rituales, circulares como en las islas trobriandesas (*el kula*) o periódicas y recíprocas como entre los Kwakiutl de la costa noroeste americana (*el Potlatch*). Cambian de manos de modo que su esencia circula entre diversas comunidades operando un nexo de unión, pues los objetos permanecen vinculados a su hacedor y vinculan a su vez al receptor que tiene la obligación de dar a cambio. En la mitología maorí, el espíritu de la cosa se denomina el *hau*. Los maorí creen que el objeto dado conserva el *hau* del dador (Mauss, 1923-1924)². Tal es así que la labor invertida en dichos objetos en cuanto trabajo es valorizada, respetada, dignificada, de alguna manera, por estos intercambios y el dador inicial recibe de nuevo si no este objeto que entregó, otro objeto similar, investido de una carga simbólica extra, la que le han añadido los diferentes receptores por las manos de quienes ha circulado. A medida que estos símbolos investidos de la energía de las personas circulan, entretejen redes simbólicas de apego, de respeto y lealtades, a la vez que determinan rangos y responsabilidades jerárquicas. No existe un vacío ontológico entre el dador y/o productor de la obra y la obra misma. Toda separación es aparente, puesto que la impronta del creador o del productor-dador es indeleble.

2 Definición de hau: “Ce qui, dans le cadeau reçu, échangé, oblige, c'est que la chose reçue n'est pas inerte. Même abandonnée par le donateur, elle est encore quelque chose de lui. Par elle, il a prise sur le bénéficiaire, comme par elle, propriétaire, il a prise sur le voleur. Car le taonga est animé du hau de sa forêt, de son terroir, de son sol; il est vraiment “native”: le hau poursuit tout détenteur.” (Lo que, en el regalo recibido, intercambiado, obliga, es que la cosa recibida no es inerte. Incluso abandonada por el dador, sigue siendo algo suyo. Por ella tiene poder sobre el beneficiario, así como por ella, propietario, tiene poder sobre el ladrón. Pues el taonga está animado por el hau de su selva, de su terruño, de su suelo; es verdaderamente “native”: el hau persigue todo detentador. Trad. propia)

Así, el objeto ritual no tiene más alternativa que unir puesto que es a la vez inalienable y entregado:

Mais, pour le moment, il est net qu'en droit maori, le lien de droit, lien par les choses, est un lien d'âmes, car la chose elle-même a une âme, est de l'âme. D'où il suit que présenter quelque chose à quelqu'un c'est présenter quelque chose de soi. Ensuite, on se rend mieux compte ainsi de la nature même de l'échange par dons, de tout ce que nous appelons prestations totales, et, parmi celles-ci, « potlatch ». On comprend clairement et logiquement, dans ce système d'idées, qu'il faille rendre à autrui ce qui est en réalité parcelle de sa nature et substance ; car, accepter quelque chose de quelqu'un, c'est accepter quelque chose de son essence spirituelle, de son âme ; la conservation de cette chose serait dangereuse et mortelle et cela non pas simplement parce qu'elle serait illicite, mais aussi parce que cette chose qui vient de la personne, non seulement moralement, mais physiquement et spirituellement, cette essence, cette nourriture, ces biens, meubles ou immeubles, ces femmes ou ces descendants, ces rites ou ces communions, donnent prise magique et religieuse sur vous. Enfin, cette chose donnée n'est pas chose inerte. Animée, souvent individualisée, elle tend à rentrer à ce que Hertz appelait son « foyer d'origine » ou à produire, pour le clan et le sol dont elle est issue, un équivalent qui la remplace (Mauss, 1923-1924)³.

En realidad, los intercambios de los Trobriandeses, de los Maori y de los Kwakiutl no están exentos de las categorías jurídicas y económicas, dado que encontramos en ellos una expectativa de ganancia, y hasta una similitud con los préstamos con intereses (los Kwakiutl, tlingit y haida dan en época de abundancia con vistas a recibir en los momentos de escasez, y de recibir algo más de lo que han dado. Estos intercambios instauran relaciones de derecho implícito (devolver es una obligación) y tienen implicaciones económicas además de rituales y de estatus social. “Seulement, ce sont encore des gages liés aux personnes qui les emploient, et ces gages les lient⁴” (Mauss, 1923-1924: 113). Vemos aparecer lealtades de unos clanes hacia otros en la defensa y en la guerra, lealtades de unas personas hacia otras y definición de unas jerarquías en el seno de las tribus. Los dones responden a un mecanismo de diferenciación social; el que da se vuelve superior en razón de lo que ha dado y el receptor se vuelve deudor en virtud de lo recibido. Por lo tanto, no se trata de dones puros y desinteresados. Forman parte de un ritual sistémico que vincula a los hombres entre sí de una manera estratificada en el seno de las sociedades y entre los clanes y tribus. Sin embargo, se trata de una economía desinteresada - no que carezca totalmente de interés, ya que los dones se devuelven, casi siempre con creces - sino que genera un bienestar inmediato,

3 Pero, por el momento, está claro que en derecho maorí el vínculo de derecho, vínculo a través de las cosas, es un vínculo de almas, dado que la cosa misma tiene alma, es del alma. De donde sigue que presentar algo a alguien es presentar algo de sí mismo...” (Mauss explica aquí que aceptar algo de alguien es aceptar algo de su esencia espiritual. Aceptar este don da poder al dador sobre el receptor y tiende a agenciar al primero la capacidad de recibir de nuevo a modo de alianza. En definitiva lo que produce el hecho de aceptar parte de la esencia de alguien es que se contrae un compromiso con este alguien; es en este sentido que los maori dicen que “el alma del objeto” tiende a volver a su lugar de origen.)

4 Sin embargo aún son contraprestaciones ligadas a las personas que las emplean, y estas contraprestaciones las vinculan” (trad. propia)

bienes que se disfrutaban y se consumen en festines sin mayor demora que el tiempo necesario para adquirir lo necesario con el fin de devolver “con usura” y así humillar al dador inicial. Este interés, por lo tanto, según opina Mauss, está en las antípodas del concepto de interés moderno - “du pur intérêt”- que nuestras sociedades han conocido desde que fue descubierto por las poblaciones semíticas y griegas. La propia palabra, interés, es reciente, argumenta Mauss, “d’origine technique comptable: “interest” latin, qu’on écrivait sur les livres de comptes, en face des rentes à percevoir” (de origen técnico contable: “interés” en latín, que se escribía en los libros de cuentas, enfrente de las rentas a percibir). Ha hecho falta el advenimiento del racionalismo y del mercantilismo “pour que soient mises en vigueur, et élevées à la hauteur de principes, les notions de profit et d’individu”(Mauss, 1923-1924: 113)⁵. Marcel Mauss cree que se puede incluso fechar en la creación por Mandeville de la fábula de las abejas el triunfo de la noción de interés individual.

ii. *Techné y episteme*. Fases de la desvinculación; el proceso de descalificación y pérdida de control. Pp. 34-44.

A principios del siglo XVIII, la economía política empieza a sentar sus bases y se define como economía liberal; establece las reglas del juego que en adelante se resumirían en la fórmula “Laissez faire, laissez passer”. Sus máximos exponentes son Turgot (Reflexion sur la formation et la distribution des richesses, 1766) y sobre todo Adam Smith en Inglaterra. En Francia, Jean Baptiste Say contribuye a situar la economía en la ciencia social incluyendo su estudio en la categoría de las ciencias morales y políticas. Mientras la economía se hace ciencia y se fundamenta en la competencia, los ciudadanos del Estado de Derecho son invitados a comportarse como seres libres y racionales y llamados en nombre de la utilidad pública a ser trabajadores, virtuosos y prósperos (Boulad-Ayoub, 2001b)⁶. La nueva ciencia emerge de la escuela fisiócrata que vincula las reglas del juego políticas a una legislatura moral. Adam Smith (Smith, 1759), en sus escritos de moral, explica cómo las virtudes y los vicios son indiscernibles a los ojos del propio individuo que los manifiesta; ya que le ciega el amor a sí mismo y le impide ver una autoimagen dolorosa, disfrazará la realidad con tal de verse con buenos ojos. Tan sólo al ver el vicio y las virtudes fuera de sí mismo, en otras personas, odiará el primero y tratará de emular las últimas. El individuo percibe en sí mismo una fuerza que le hace sentir simpatía o antipatía por los actos de tal o cual persona, porque, según Smith, posee un sentido natural de la moral, que, dejado en libertad, actúa por sí mismo y le dicta lo que es justo e injusto. Cuando leemos en libros de historia acerca de la perfidia y crueldad de un Borgia o de un Nerón, nuestro sentido moral hace que nos rebelamos interiormente contra la naturaleza de los sentimientos que motivaron sus conductas y que rehuíamos toda similitud o simpatía que podría tentarnos a emular sus actos. Sabemos, porque poseemos un sentido moral innato, que

5 para ver puestas en vigor y elevadas al rango de principios las nociones de provecho y de individuo (trad. Propia).

6 Marie Josiane Boulad-Ayoub es profesora titular del departamento de filosofía de la Universidad de Québec, Montréal (UQAM), se ha dado a conocer por trabajos de historia de las ideas del S. XVIII.

estos sentimientos son perversos. El filósofo trasladó este discurso moral a la política y a la economía. La moral, afirmó, tiene algo parecido a una base genética natural en el hombre y, de dejar que actúe libremente, se autorregulará. Adam Smith infundió al siglo de las luces la convicción de que la misma mano que había provisto al hombre con un sentido moral innato había dispuesto unas leyes sociales naturales que moderarían el comercio, la política y los intercambios de modo que por sí solos encontrarían un cauce armonioso. La teoría de los sentimientos morales funda un nuevo liberalismo que dota a la organización social de un orden. Si bien este orden se realiza a través de la intervención humana, no parte necesariamente de la voluntad humana, sino que es innato a la propia sociedad y se manifiesta cuando esta se ve libre de trabas.

Por su parte, Mandeville, nacido en Holanda en 1670 y médico en Róterdam, especialista en enfermedades nerviosas (llamadas en su época “pasiones”), emigrado a Inglaterra a principios del S. XVIII, publica la Fábula filosófica de las Abejas, y despierta con ello un auténtico escándalo en Inglaterra. En la susodicha fábula, Mandeville describe las pasiones humanas y muestra cómo los vicios en realidad sirven al bien de la comunidad mientras las virtudes como la honestidad, la modestia, la decencia, a menudo no son más que falsas apariencias y enmascaran otras motivaciones. La iglesia le condena mientras un sobrenombre circula: “Man-devil” (hombre-demonio), por haber tenido la arrogancia de hacer ver que la envidia, el orgullo y la vanidad son el verdadero resorte de la opulencia del siglo de las luces. En realidad Mandeville coincide con Smith en que la moral es un atributo natural del hombre y que es siguiendo su inclinación instintiva al orgullo, a la concupiscencia, a la búsqueda del provecho individual, que logra el bien público: la extravagancia de los ricos da trabajo a los pobres. El lujo para la élite, de la misma manera que el lujo de la reina de las abejas, se transforma en motor de la economía. En este Estado/colmena feliz,

*“Leurs crimes conspiraient à leur grandeur,
Et la vertu, à qui la politique
Avait enseigné mille ruses habiles,
Nouait, grâce à leur heureuse influence,
Amitié avec le vice. Et toujours depuis lors
Les plus grandes canailles de toute la multitude
Ont contribué au bien commun⁷”* (Boulad Ayoub, 2001)

Estamos en 1714, al inicio del siglo de las luces. Al racionalismo, al naturalismo y al empirismo del siglo XVII (Descartes, Bacon, Spinoza, Locke), les sigue un ambiente de libertad política, diversidad religiosa y prosperidad económica. En la escena económica ocurren grandes cambios: empiezan a afluir metales preciosos y plantas más productivas de América: el oro de Brasil reactiva la economía europea; el maíz americano permite a los campesinos europeos

7 Sus crímenes conspiraban en pro de su grandeza/Y la virtud, a quien la política/Había enseñado mil artimañas hábiles,/Trababa, gracias a su feliz influencia,/Amistad con el vicio. Y siempre desde entonces/Los mayores canallas de toda la multitud/Han contribuido al bien común (trad. propia).

multiplicar sus producciones y, por primera vez en su historia, obtener excedentes, después de pagar a la iglesia, a los nobles y al rey. El absolutismo monárquico alcanza su plenitud y se le enfrenta la burguesía, detentadora del poder económico, y sedienta del poder político, entonces en manos de la nobleza. En la escena europea aparece un nuevo concepto, el de “equilibrio europeo”, propugnado por Inglaterra para defender los intereses del naciente imperialismo británico. Las condiciones están dadas para que se produzca la revolución industrial y que el escenario laboral cambie. Y empieza a cambiar en Inglaterra en la época de las “*enclosures*”, es decir cuando un campesinado famélico es expulsado de las tierras recién valladas para la cría del ganado lanar destinado a la naciente industria textil, expulsado y reducido a aceptar la benevolencia de las *Poor Laws* que, anclándoles a sus parroquias respectivas donde recibían el pan de la supervivencia y la vergüenza, impidieron que se constituyeran en una fuerza obrera digna. Los campesinos desposeídos, moralmente deteriorados y desmoralizados por la pasiva dependencia que les había sido impuesta, accedieron a las filas de la industria unos años después. Cuando por fin se levantaron las condiciones de sedentarismo que se habían pactado en *Speenhamland* a cambio de pan, accedieron, en unas condiciones pésimas, con un autoconcepto deteriorado y careciendo de las capacidades más elementales para tomar conciencia de que constituían una clase social, al trabajo fabril asalariado. Tuvieron que aceptar y aceptaron sin rechistar el precio que se les quería pagar a cambio de una tarea fragmentaria, repetitiva y alienante, sin poder acceder a ningún tipo de negociación. Es en este momento que se produjo la Gran Transformación de la que habla Karl Polanyi (1989): la economía asumió el liderazgo en la escena social y cultural, sometiendo todos los demás ámbitos de la vida a su mandato, al tiempo que bienes tradicionalmente inalienables como la tierra y el trabajo fueron transformados en bienes enajenables, mercancías que cualquier persona puede comprar y vender. La economía, que tanto en las organizaciones sociales segmentarias donde se practicaba el intercambio como en las organizaciones centralizadas con redistribución a través del Gran Hombre, había estado incrustada (“*embedded*”) en todos los demás aspectos de la cultura (política, vida familiar, religión), y asignada a la consecución del bienestar del hombre, la economía se desvinculó, en manos de la burguesía y se volvió un cuerpo desconectado de la religión, de la cultura, de la justicia, de la libertad, y finalmente de los estados, atribuyéndose a sí misma el poder de imponer normas donde antes había sido la invitada. La diferencia, la marca la subordinación de los medios a los fines sociales:

La reciprocidad, como forma de integración, gana fuerza en gran medida gracias a su capacidad de utilizar tanto la redistribución como el intercambio a manera de métodos subordinados. La reciprocidad puede conseguirse compartiendo una carga de trabajo de acuerdo a determinadas formas de redistribución, como cuando se hacen las cosas “por turno”. De manera similar, la reciprocidad se consigue a veces mediante el intercambio de determinadas equivalencias en beneficio del asociado que está escaso de bienes de primera necesidad (una institución fundamental en las sociedades orientales antiguas). En las economías sin mercado estas dos formas de integración, la reciprocidad y la redistribución, suelen de hecho presentarse juntas (Polanyi, 1976[1957]).

En todo caso, para que los actos individuales produzcan un tipo u otro de intercambio, han de darse en un sistema que enmarque dicho tipo de economía. Los actos individuales fuera de un sistema o de una institución no integran una economía;

Los actos de intercambio a nivel personal sólo producen precios si ocurren en un sistema de formación de precios por el mercado, una organización institucional que en ninguna parte ha sido creada por meros actos de intercambio realizados al azar (Polanyi, 1976[1957]).

Polanyi apunta a que, contrariamente a las opiniones de los fisiócratas, las economías de mercado no se dan espontáneamente a resultas de las tendencias individuales innatas, como los valores morales según Smith, o los vicios según Mandeville (*“Laissez faire – Laissez aller”*) sino a la inversa, los actos individuales son los que se subordinan a sistemas y jerarquías pensados y acotados de antemano y, por esta razón, el mercado autorregulador que produce precios y transforma en mercancía el trabajo y la tierra no es tan “libre” y espontáneo como pudiera parecer sino que viene impulsado por una determinada configuración institucional con sus correspondientes jerarquías políticas y de poder.

The essence of capital is its ability to mobilize social labor by buying labor power and setting it to work. This requires a market in which the capacity of human beings to work can be bought and sold like any other commodity.../...The market creates a fiction that this buying and selling is a symmetrical exchange between partners, but in fact the market transaction underwrites an asymmetrical relationship between classes. Through that transaction, workers are paid back a portion of the product of their own labor in the form of wages, relinquishing the remainder as surplus value to the capitalist class (Wolf, 1982)⁸.

El trabajo así reconceptualizado ocurrirá primero en Inglaterra y se servirá, para prosperar, de dos instrumentos fundamentales: la mecanización y la división del trabajo. El tiempo de trabajo se convertirá en un valor de cambio y será a su vez el instrumento de la división del trabajo. En efecto esta sería imposible de lograr sin una medida – la hora – que equivale a medidas de otras materias primas – el kilo, el quintal, el litro, la fanega – y ejerce a su vez una función de control (“se ordenó al monitor y al vigilante de fábrica que mantuvieran una hoja de horas para cada jornalero, anotadas al minuto, con “Venida” y “Escapada” (Thompson, 1979)).

La actividad “trabajo” ha dejado por completo de asemejarse al “quehacer” de los cazadores recolectores y se ha transformado en mercancía. Para que esta

⁸ La esencia del capital es su capacidad para movilizar trabajo social comprando fuerza de trabajo y poniéndola a trabajar. Esto requiere un mercado en el cual la capacidad de los seres humanos para trabajar puede ser comprada y vendida como cualquier otra materia prima.../...El mercado crea la ficción de que este acto de comprar y vender es un intercambio simétrico entre socios, pero de hecho la transacción de mercado asegura una relación asimétrica entre clases. A través de esta transacción, los trabajadores reciben en contrapartida una porción del producto de su propio trabajo en forma de salario, cediendo el resto en concepto de plusvalía a la clase capitalista (trad. propia)

“ficción” (Polanyi,1989) pueda tener lugar, además de instaurar el tiempo de trabajo que parcela la jornada laboral, se hizo necesario fraccionar la tarea en sí, en aras de un máximo rendimiento en las cadenas de fabricación. La realización de una pieza, que en las corporaciones incumbía a un mismo artesano, o a dos o tres todo lo más, en la fábrica se va a descomponer en cuantas parcelas de actividad sean necesarias para que el operario se vuelva un experto en hacer un encadenamiento de gestos de una manera repetitiva a lo largo de su jornada laboral, de modo que lo haga a la perfección y maximice su rendimiento piezas por hora.

El trabajador en cadena, cuanto más limitado e incompleto se vuelve, más perfecto, porque de esta manera es capaz de sufrir su subordinación a la máquina y al detentador del capital. Su atrincheramiento en su especialidad lo hace más dependiente del que compra su trabajo. Si es incompleto y se limita a cumplir un trabajo fragmentario, esta fragmentación laboral producirá también fragmentación social y será incapaz de percibir la unidad que él conforma con la totalidad de sus compañeros. Se vuelve incapaz de meditar acerca de su situación y de tomar decisiones al respecto. Es, por lo tanto, incapaz de protestar contra las condiciones de trabajo que le son impuestas.

Pero ni la división del trabajo ni el control horario podrían haber cobrado la suficiente fuerza sin la intervención de la máquina: la máquina que marca el ritmo, que acelera la producción y perfecciona el producto, produciendo, por una parte un excedente de mano de obra y por otra, una carencia de materia prima. En 1733, el británico John Kay pone a punto la primera máquina de tejer, la “lanzadera voladora”, con el fin de mejorar la velocidad del tejido y producir telas más anchas. Vuelve redundante parte de la mano de obra e insuficiente la producción de hilo, forzando al perfeccionamiento de la hilatura, llevando al hiladero británico Hargreaves a inventar su “spinning Jenny” en 1767, una hiladora que permite conseguir 8 hilos simultáneamente con el trabajo de un solo operador. En 1769, dos años después, Richard Arkwright inventa la hiladora mecánica que funciona gracias a un motor hidráulico. Este invento marca el fin del hilado a domicilio y traslada la mano de obra a la fábrica, puesto que hacen falta operarios para accionar las máquinas. El propio Arkwright fundará una fábrica a principios de los 70.

Vemos como, en un primer tiempo, la división del trabajo permite el crecimiento de la productividad gracias a la habilidad creciente de los obreros. Este resultado, observado a la vez por Marx y Smith, es atribuible, según el último, a la especialización individual, y, según Marx, al crecimiento de la habilidad del trabajador colectivo conformado por la suma de los trabajadores individuales especializados (“Es el trabajador colectivo formado por la combinación de un gran número de obreros parcelarios que constituye el mecanismo específico del período manufacturero” (Marx, 1971[1867])). Primero, “las diferentes operaciones son separadas, aisladas y hechas independientes”, luego, “los obreros son divididos, clasificados y agrupados según las facultades que predominan en cada uno de ellos” (Marx, 1971[1867])). En un segundo tiempo, la utilización creciente de las máquinas permite a un solo hombre hacer el trabajo de varios, cosa que Smith celebra, mientras Marx prevé que la subordinación creciente del obrero a la máquina será el precio a pagar por el

crecimiento de la productividad. Ambos autores convienen que la división del trabajo disminuye la creatividad del obrero en la medida en que hace siempre la misma tarea y tiende a perder la capacidad de hacer otra cosa.

Proudhon, de raíces artesanas y más tarde obrero, estudiante en París en 1838 gracias a una beca, tras codearse con intelectuales revolucionarios socialistas y comunistas, observa con mente crítica los inconvenientes producidos por la mecanización. Estamos en la época de la revuelta de los “canuts”, obreros tejedores de Lyon que se levantan contra el salario mínimo. Declaran la huelga general contra una base salarial que había sido negociada entre los fabricantes de seda, los jefes de talleres y los obreros. Los soldados se unen a los obreros en todas las calles de Lyon y logran controlar la ciudad. La revuelta es finalmente ahogada en sangre por el duque de Orleáns.

El trabajo, para entonces, se ha transformado en un bien escaso cuyo derecho se reclama. El derecho al trabajo, que se había ampliado en 1789 a los no-católicos (es decir, los protestantes) y a los comediantes, permanecía restringido para los judíos. Cuando Proudhon nació, hacía 17 años que se habían suprimido las corporaciones por medio del decreto de Allarde y de la ley “Le Chapelier”. Esta estructura medieval permitía a un cuerpo de oficio ejercer el control sobre un campo de actividad y tener cierto peso político. Cedió a los embistes del modelo industrial capitalista que tenía interés en imponer la libre competencia y en suprimir el derecho de huelga. La Ley Le Chapelier, promulgada el 14 de junio de 1791, prohíbe la formación de toda agrupación profesional y, de este modo, pone fin a toda posibilidad de huelga o de sindicación así como a las agrupaciones campesinas.

Es en este contexto que Proudhon (1850: 365-366) formula sus críticas a la división del trabajo y a la alienación que entraña la mecanización de los talleres, pues es más consciente que ningún intelectual de guantes blancos, él que tuvo que abandonar sus estudios secundarios para trabajar en una imprenta, de que

“une machine, en même temps qu'elle est une source de bénéfices, est un foyer de dépense, un principe de servitude. Car, quelque machine que l'industrie fasse mouvoir, le moteur est toujours l'homme: les engins qu'il construit n'ont de puissance que celle qu'il leur communique, et qu'il est forcé de renouveler continuellement; et plus il s'entoure d'instruments, plus il se crée de surveillance et de peine. Que le conducteur, que le chauffeur abandonnent un instant la locomotive, la merveilleuse voiture, dont un esprit, comme dit le prophète, semble animer les roues, spiritus erat in rotis, s'arrête à l'instant. Que le mécanicien cesse un seul jour d'en visiter les pièces, elle ne durera pas six semaines; que le mineur cesse de lui fournir le combustible, jamais elle ne remuera”⁹

9 una máquina, al tiempo que es una fuente de beneficios, es un foco de gastos, un principio de servidumbre. Pues, cualquiera que sea la máquina que la industria haga moverse, el motor siempre es el hombre: los artefactos que construye no tienen más potencia que la que el hombre les comunica, y que se ve forzado a renovar incesantemente; y canto más se rodea de instrumentos, más necesidad de supervisión y de labor se crea. Que el conductor, que el chófer

La máquina, afirma Proudhon, no liberará al hombre del trabajo, sino que lo hará más esclavo. Aquí ya se percibe la inversión que se está operando entre las entidades que dirigen el baile: el hombre siempre ha sido el motor y, dice Proudhon, lo va a seguir siendo; sin embargo las máquinas le van a imponer una sobrecarga de control. Lo que no vislumbra aún Proudhon es que las máquinas se harán dueñas de las fábricas y marcarán el ritmo del trabajo que los hombres ejecutarán. Tan sólo cuarenta y seis años después de su muerte, en 1911, Frederic Winslow Taylor, ingeniero de origen alemán, publica una obra en la cual expone su sistema organizacional del trabajo, destinado no solamente a mejorar la rapidez de la ejecución del trabajo, sino también la separación de la tareas a ejecutar y la división entre dirigentes y obreros. Esta segunda parte, sí la había previsto Proudhon, puesto que él bien sabía que

Le premier fruit du travail parcellaire est de multiplier les incapacités, par conséquent de rendre plus précieux les contremaîtres, chefs d'ateliers, directeurs et ingénieurs, et de créer à leur profit un droit de suzeraineté et de privilège. [...] Voilà l'aristocratie de talent contre laquelle le peuple se révolte, parce qu'elle a sa source, non dans une supériorité réelle, mais dans la mutilation des sujets (1850: 334-335).

Multiplicar las incapacidades, es decir incapacitar a los obreros en favor de los capataces, jefes de talleres, directores e ingenieros, equivale a clivar el mundo laboral en dos territorios, uno correspondiendo al de la *techné* y el otro, el de la *episteme* del mundo antiguo. Sin embargo los contenidos, ¿se corresponden con exactitud? El profesor Stephen Marglin del departamento de ciencias económicas de Harvard (1990) tipifica la *techné* como intuición, autoridad, práctico, táctil, emocional, ligado al descubrimiento, a la creatividad, personal, poseyendo una jerarquía interna, externamente plural, etc., mientras la *episteme* es al, contrario, teoría, verificación, cerebral, universal, lógicamente deducible, con axiomas autoevidentes. Taylor conocía bien la *techné* y suponía para él una resistencia al control empresarial. Para remover este obstáculo, no solamente los empresarios tenían que apropiarse del conocimiento de los trabajadores, debían cambiar su forma. Los empresarios debían asumir la tarea de reagrupar todo el conocimiento tradicional que en el pasado había sido propiedad de los trabajadores, clasificar, tipificar este conocimiento y reducirlo a reglas, leyes y fórmulas, de manera que la planificación recaiga enteramente bajo la responsabilidad de los empresarios (Taylor, 1939[1911]). A pesar de querer inducir a cada trabajador a invertir lo mejor de su habilidad, su fuerza y todo su saber tradicional en su trabajo así como su iniciativa, el resultado de la operación no se muestra carente de contradicciones.

Estas contradicciones son las que ya había captado Proudhon, ya que,

Pour être à la hauteur de la vie, dans la société moderne, il faut un immense développement scientifique, esthétique et industriel; à telle

abandonen por un instante la locomotora, el maravilloso coche cuyas ruedas parecen, como dijo el profeta, animadas por un espíritu, spiritus erat in rotis, se inmoviliza al instante. Que el mecánico cese un solo día de visitar sus piezas, durará menos de seis semanas; que el minero cese de suministrarle el combustible, jamás se moverá (trad. propia)

enseigne que, pour jouir, l'improductif a besoin de travailler presque autant que le producteur pour produire. Vingt-cinq ans ne suffisent plus à l'éducation du privilégié: que sera-ce donc quand ce privilégié sera redevenu travailleur? (Proudhon, 1850: 369-370)¹⁰

Proudhon se atrevió a imaginar que la división del trabajo tendría sus limitaciones y que llegaría un día en que los beneficios ya no serían tan netos. En efecto, en los países desarrollados con economía de mercado, han ido surgiendo determinadas demarcaciones a la división del trabajo y el crecimiento de las ganancias que proporcionaba la productividad de los trabajadores se ha visto frenado por diferentes acontecimientos. Tras el reconocimiento del derecho al trabajo, pronto se reconocerán los derechos del trabajador: la ley sobre el trabajo de los niños, en 1841, limita a ocho años la edad para ser empleado, a trece si se trata de un trabajo nocturno. En 1848, la Segunda República, en Francia, fija en diez horas la jornada laboral. En 1864, se suprime el delito de coalición. En 1874, se regula el trabajo de la mujer y del niño; la edad de contratación sube a doce años. La jornada laboral es limitada a doce horas y se prohíbe trabajar en domingo. Por fin, en 1884, se reconocen oficialmente los sindicatos. Han pasado menos de cien años desde la Ley Le Chapelier. 1898 es el año de la responsabilidad patronal en los accidentes laborales y en 1899 se crea un seguro para los empleadores. Tras la primera guerra mundial, el derecho laboral es reformado por segunda vez, creando un marco general para los convenios colectivos y se crea la Organización Internacional del Trabajo (O.I.T.), también denominada OMT (Organización Mundial del Trabajo), con sede en Ginebra. Incluyendo ciento cincuenta estados, esta organización tiene por objetivo mejorar las condiciones laborales, el nivel de vida y procurar la estabilidad económica y social. Será integrada en la ONU en 1946. El mismo año que se crea la OIT, la jornada laboral baja a ocho horas y se instaura la semana de cuarenta y ocho horas. Pasará a cuarenta horas en 1936.

Se impone como verdad empírica que el obrero no se puede seguir explotando ilimitadamente. Aparte de estas acotaciones legales a la productividad, surgen otras de naturaleza más sibilina que escapan a un cálculo científico: los defectos de fabricación, la mala manufacturación, probablemente debida al embrutecimiento de la cadena de producción; el absentismo ocasionado por la desmotivación y la falta de entusiasmo; los ritmos de trabajo irregulares descritos por Thompson (1967: 56-97) en aras de la celebración de "San Lunes" entre "zapateros, sastres, carboneros, trabajadores de imprenta, alfareros, tejedores, calceteros, cuchilleros"...en definitiva, todos los oficios artesanos que antaño habían sido independientes y cuya dinámica de alternar días de trabajo intensivo con días de fiesta representaba la última tentativa de salvaguardar un mínimo control sobre la organización de su trabajo.

10 Estar a la altura de la vida, en la sociedad moderna, requiere un enorme desarrollo científico, estético e industrial; de tal modo que para gozar, el improductivo ha de trabajar casi tanto como el productor para producir. Veinticinco años ya no bastan a la educación del privilegiado: ¿qué pasará entonces cuando este privilegiado se habrá vuelto de nuevo trabajador? (trad. propia)

Una división del trabajo muy fragmentada es, por otra parte, reservada a la fabricación de grandes series. Al segmentarse la demanda de bienes de producción, el procedimiento de producción ha tenido que adaptarse a series más pequeñas. La demanda es variable y cambia de prisa: la producción debe ser capaz de adaptarse rápidamente, lo que presupone la desaparición de una organización del trabajo basada en el ahorro sobre los grandes números y la vuelta a la división del trabajo inoperativa en determinados campos de producción. Quedan, no obstante, campos donde sigue dando un resultado óptimo, como en la industria de los servicios, las cadenas de “fast food” o las lavanderías industriales. En muchos otros ámbitos, sin embargo, la especialización se ha trocado por una mayor flexibilidad y el mercado laboral moderno tiende a privilegiar una mayor versatilidad y adaptabilidad de la fuerza de trabajo sobre el perfeccionamiento de una sola función preconizada por el taylorismo.

El capitalismo neoliberal hizo frente a la progresiva regulación del mercado de trabajo europeo y norteamericano deslocalizando la producción, hecho que acrecienta la separación entre *techné* y *episteme*. Los centros administrativos, diseñadores, modelistas, servicios contables, permanecen en Occidente. La materia prima, los recursos en mano de obra, supervisión de la producción, organización del personal, pago de salarios más o menos dignos... son encomendados a organizaciones locales de países en vías de desarrollo. Los capitales permanecen en el centro; los beneficios se repatrian. De esta manera la desigualdad se instaura de manera relativamente estable tanto en la periferia como en el centro. Los países periféricos no tienen acceso a la *episteme* mientras los trabajadores del centro que habían logrado mejoras de su condición laboral se ven excluidos del sistema productivo.

Referencias bibliográficas

- a) (2001a) BOULAD-AYOUB, Marie Josiane, *Les grandes figures du monde moderne*. Laval: Les presses de l'Université.
- b) (2001b) BOULAD-AYOUB, Marie Josiane, *Bernard de Mandeville, La fable des Abeilles*. Laval: Les presses de l'Université.
- c) (2001) BOURDIEU, Pierre, "La doble Verdad del Trabajo". *Crisis y mutaciones del trabajo*, Archipiélago/48.
- d) (1967 [1897]) DURKHEIM, Émile, *De la division du travail social*. Livre I, cap. VII. (8^o édition) Paris : Les presses universitaires de France, (Ed. virtuelle : <http://dx.doi.org/doi:10.1522/cla.due.del1>)
- e) (1990) MARGLIN, Stephen A., "Losing touch, The cultural conditions of worker accommodation and resistance", en *Dominating Knowledge: Development, Culture and Resistance*. Oxford: Ed. Frederique Appfel Marglin and Stephen A Marglin, Clarendon Press.
- f) (1971 [1867]) MARX, Karl, *Le capital, Livre 1*. Paris: Éditions sociales.
- g) (1923-1924) MAUSS, Marcel. *Essai sur le don*. L'année sociologique seconde série, Web: <http://dx.doi.org/doi:10.1522/cla.mam.ess3>
- h) (1989) POLANYI, Karl, *La gran transformación, Crítica del liberalismo económico*. Trad. Varela/ Álvarez Uría. Madrid, Ed. La Piqueta.
- i) (1976[1957]) POLANYI, Karl, *Comercio y mercado en los imperios antiguos [Trade and markets in the early empires]*. Barcelona: Labor, reimpresso en Velasco (ed) y en Paz Moreno Feliu (comp.).
- j) (1850) PROUDHON, Pierre Joseph, *Système des contradictions économiques ou philosophie de la misère*. Paris: Garnier frères.
- k) (1759) SMITH, Adam, *Theory of Moral Sentiments, The origin and use of general rules*. Glasgow: Glasgow Edition of the works and correspondence of A. Smith, vol. I.
- l) (1939 [1911]) TAYLOR, Frederick W., *The Principles of Scientific Management*. New York: Harper and Row.
- m) (1967) THOMPSON, E.P., "Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism" *Past and Present*, 1967: pp. 56-97.
- n) (1982) WOLF, Eric R., *Europe and the People Without History*. Los Angeles: University of California Press.